

20 de Marzo de 2.010

Hebreos 10:32-39

RETROCESO EN LA FE, UN AVANCE PONDERADO

Preámbulo: ¿A quiénes se dirige la carta? ¿Quiénes pueden ser estos hebreos?

Aunque sólo sea por convención literaria, necesariamente han de ser hebreos cristianos, judíos conversos. Por una parte, su condición es la de desarraigados, desgajados, alienados de su pueblo o comunidad connatural. Se ven sujetos a abusos, insultos o inclusive son objeto de persecución, tenidos por traidores y apóstatas a causa de su fe en Jesús. Así pues, de continuo se hallan expuestos a la tentación de renunciar a su fe en Jesucristo y retornar al calor de su gente, al judaísmo. Por otra parte, ellos son los verdaderos receptores, depositarios y poseedores de la revelación de Dios. Esto es lo que se esfuerza en demostrar con rotundidad la argumentación del autor de la epístola: que Jesús, el Cristo, es la culminación, realización y cumplimiento de la verdad del judaísmo (v. p.ej. lo referente al sistema sacrificial y sacerdotal, etc.); en definitiva, Él es el shalom. Y, entonces, como verdaderos creyentes, no han de caer y apartarse sino que han de confiar en que Dios, a través de su palabra y por medio de su Espíritu, los capacitará para permanecer fieles hasta el fin.

Ante tal dicotomía, el autor opta por un ritmo de exposición que alterna dos tonos: uno de admonición, advertencia y amonestación; y otro de motivación y aliento, con miras de reconstituir el ánimo de sus lectores.

En el fragmento señalado arriba parece realizar una doble apelación. En los versos 32 a 36 apela al testimonio, a la trayectoria personal de sus destinatarios; mientras que en los versos 37 al 39, apela, en virtud de una cita, a las escrituras mismas con la intención de reforzar el efecto de su exhortación.

“Recordad” ¿Cuándo se hace patente la tentación de abandonar: frente al sufrimiento o bien cuando éste ya ha cesado?

En términos generales, cabría afirmar que ante la experiencia de una presión intensa, en un período de agitación, la fe es “probada”: necesariamente ha de tomar partido, se ha de vigorizar, fortalecer y definir, en suma, se ha de *usar* (si no, muere). Remitida la adversidad, se abre una etapa de apaciguamiento: una de-presión, una convalecencia que va desde el aturdimiento o estupor (punto en que *ya* se ha resistido a la presión y consecuencia, al tiempo, de la misma) hasta la calma, el acomodamiento. Éste es el momento de peligro, porque empieza a caer en desuso y no se ejercita la confianza (anteriormente ganada por la experiencia de la salvación) hasta poder llegar a ser desechada. Es pues entonces necesario rehacer la confianza, reconstruir el sentido de la fe: re-vivir.

En los versos 32 al 34 hay una evocación en forma de secuencia de los sucesos que habían acontecido a los hebreos de la carta tiempo atrás. Al convertirse ya comenzaron a tener que afrontar dificultades y padecimientos; fueron expuestos públicamente a mofa y ridiculización, para acabar, ya directa o indirectamente, siendo perseguidos, sufriendo prisión y despojo de sus propiedades. Sin embargo, en todo ello, no sólo resistieron sino que “vencieron” porque: por una parte, se solidarizaron extendiendo su amor a otros que compartían su misma suerte, manteniéndose unidos en ayuda mutua en la hora de necesidad, y sostuvieron a los presos (cuyo sustento en aquellos días dependía en exclusiva de las aportaciones exteriores de familiares,

conocidos o amigos); y por otra, experimentaron *gozo* en todo ello, corroborando así las bienaventuranzas del Evangelio.

“*No desechéis*”. Pero ahora, versos 35 y 36, en tiempos ya más tranquilos ¿ejercitaban también su don de la confianza frente a los hombres? ¿Seguía siendo, tiempo después, su fe valiente y vigorosa? ¿O más bien tendía a hacerse vacilante y declinar por no tener la imperiosa necesidad, la obligación de tomar una posición determinada, resuelta?

“Ni se os pase por la cabeza” (Μὴ ἀποβάλλετε/”*no desechéis, no arrojéis de vosotros*”) parece querer decir esta forma verbal subjuntiva. Indica no tanto que fueran a descartar su confianza cuanto que ni siquiera debían pensar en hacerlo. Ahí queda la advertencia, pero rubricada con un aliento: a la confesión de fe Dios recompensa grandemente. No por merecerla, honrando así valores o logros humanos, sino mediante la generación de una expectación gozosa, forjada en términos de paciencia tanto en lo fuerte (sufrimientos y padecimientos) como en lo débil del día a día, de las pequeñas y triviales cosas.

En los versos 37 al 39 para reforzar la exhortación a perseverar con paciencia, para quizá definir la promesa y alentar esa expectación gozosa, el autor apela a las Escrituras. En concreto, cita un pasaje del antiguo testamento, la profecía de Habbaccuc (2:3-4) bien que introduciendo un ligero cambio para reforzar, a través de la LXX, el giro mesiánico de la interpretación.

En el AT, lo que ha de venir es una visión o revelación que el profeta ha tenido. En el NT, lo que ha de venir es una persona, en referencia al mesías, al Cristo (precisamente cuyo regreso confirmará la profecía plenamente).

En el AT (Hab 2:4) se da un contraste entre: a) el babilonio impío, cuyo dios es su propia fuerza, personaje que caerá a causa de su propia arrogancia, la que también dará testimonio de que no pertenece al pueblo de Dios (incircunciso); y b) el judío “devoto”, justo que vive entre dos peligros, la apostasía de Israel y los consecuentes juicios de Dios a través de los babilonios, la vida del cual sólo será guardada si se sostiene en su confianza y fidelidad a Dios.

En la LXX, ya se ha cumplido parte de la profecía de Habbaccuc, ya ha pasado el exilio babilónico; y con ello se hace posible un cambio de referencia debido al pietismo postexílico y al mesianismo intertestamentario consecuente: el contraste parece ser ahora entre

- a) El judío infiel (siguiendo el orden del verso), aquél que lee la visión escrita y no la cree ni la espera (Hab 3:3, Dios vendrá de Temán, falta por cumplir la parte final a la que apunta la profecía, transpuesta más allá de la invasión babilónica hasta el momento escatológico) sino que “ὑποστέλλω” (v.38): no la quiere, disimula, se retira, se oculta o retrocede.
- b) El judío fiel, justo, quien se apercibe de la visión, la cree y la espera poniendo su fe y esperanza en Dios.¹

En el NT los términos se invierten (sólo consta el justo)² y ya no se trata de dos personas diferentes sino de la misma –el receptor de la palabra de exhortación- que puede oscilar entre dos actitudes: creer o retroceder. El que persevera, el justo, no recibirá la promesa por

¹ Cf. LXX Hab 2:4

“ἐὰν ὑποστείληται οὐκ εὐδοκεῖ ἡ ψυχὴ μου *ἐν αὐτῷ* (a) (si retrocede no se complacerá mi alma en ése)
ὁ δὲ δίκαιος (b) ἐκ πίστεώς μου ζήσεται” (el justo, en cambio por fe vivirá de mí).

² Cf. NT Hb 10:38

“*ὁ δὲ δίκαιός μου* ἐκ πίστεως ζήσεται καὶ ἐὰν ὑποστείληται οὐκ εὐδοκεῖ ἡ ψυχὴ μου *ἐν αὐτῷ*” (el justo de mí por fe vivirá, y si retrocediere no se complacerá mi alma de él). |

observancia de la ley como cumplimiento de la voluntad de Dios, sino por la fe (en Jesucristo, claro está) y por esa relación de confianza es por lo que el creyente **vive**. De modo que si retrocede y se aparta finalmente provocará el disgusto de Dios por haber olvidado al autor de su salvación.

La cita ha de tener, por tanto, dentro del tono de advertencia, un efecto principalmente *tranquilizador*. Tanto más cuanto que en el v. 39 el mismo autor se incluye (“nosotros”) para consuelo y confirmación de sus lectores, habiéndoles ofrecido una certeza por medio del contraste claramente trazado entre un camino (retroceso) que implica destrucción y muerte, y otro camino (perseverancia) que implica preservación, vida y esperanza.

BIBLIOGRAFIA

KISTEMAKER, S.J. *Hebreos* (1991) Grand Rapids SLC, EEUU.